

dos hizo llevar del vecino templo dos papas, quienes resultaron ser de los principales, y preguntándoles la causa de andar amedrentados y que el señor no quería venir, respondió el más caracterizado, que los sacerdotes no tenían temor ninguno, é iría á llamar al cacique. En efecto, vino el principal con algunos nobles, á quienes por medio de los intérpretes se preguntó por cuál razon faltaban los bastimentos; si era porque los blancos estaban ahí, depusieran la pena, pues al siguiente dia pensaban tomar el camino de México, á cuyo efecto sólo pedían los tamene necesarios para conducir el fardaje y víveres por aquella noche. Tan turbado estaba el señor que no acertaba á responder; mas al cabo dijo, buscaría la comida, aunque Motecuhzoma había mandado no se diera, ni quería que los blancos pasasen adelante. En esta sazon se presentaron tres cempoalteca avisando haber ciertos reparos en algunas calles, se veían hoyos disimulados con madera y tierra y estacas agudas en el fondo, destinados á matar los caballos, en las azoteas había piedras y reparos de adobes. Vinieron en seguida ocho de los tlaxcalteca del campo avisando haber tenido lugar un sacrificio al dios de la guerra con dos hombres y cinco niños; mujeres y niños abandonaban la ciudad llevando sus haciendas. Por último, Doña Marina dijo á Aguilar, que una vieja, esposa de uno de los principales capitanes de la ciudad, dolida de su hermosura y queriéndola casar con un hijo suyo, pues la veía rica, le había propuesto abandonara á los blancos porque iban á ser destruidos; ella, la lengua, había aparentado admitir el partido á fin de informarse de los pormenores de la conjuración, y una vez logrado, con pretexto de recoger su hato para volverse á la vieja, se había ido para el alojamiento. Por medio de Doña Marina fueron traídos los dos sacerdotes del principio y la anciana solicitadora, confesando todos la verdad de la conspiración. (1)

De los diversos testimonios recojidos por medio de los intérpretes resultó que Motecuhzoma había dado órdenes contradictorias, ya previniendo se hiciera en la ciudad toda honra á los blancos, encaminándolos despues á México, ya enviando á decir no era de su volun-

(1) Cartas de relac. pág. 65.—Bernal Díaz, cap. LXXXIII.—Gomara, Crón, cap. LIX.—Herrera, déc. 11, lib. VII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIX.—Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

tad aquel viaje: mirando la resolución de los extranjeros de pasar á la corte, no obstante los obstáculos que se les habían puesto, aconsejado por Huitzilopochtli y Tezcatlipoca había resuelto apoderarse de los castellanos, haciéndolos llevar atados á Tenochtitlan. Para ejecutar aquel concierto, en señal de mando había enviado un tambor de oro al marido de la vieja: parte en unas barrancas vecinas, parte ya dentro de la ciudad, había veinte mil guerreros méxica: en cuanto al modo, los chololteca traerían al dia siguiente los tamene que para el viaje se les habían pedido, que serían guerreros escogidos, armados y en mayor número del demandado; cuando los hombres barbudos se pusieran en marcha, dentro de la ciudad si la ocasion era propicia, ó en las barrancas de las cercanías, chololteca y méxica caerían sobre los extranjeros y sus aliados; tomarían vivos cuantos se pudieran, de los cuales veinte quedarían en Cholollan para ser sacrificados á Quetzacoatl, siendo conducido el resto á Tenochtitlan: prevenidas estaban las colleras, pértigos y correas para asegurar los cautivos. (1)

En semejante situación D. Hernando reunió un consejo de capitanes; opinaron unos torcer el camino por Huexotzingo; ocurrió á otros concertar cual se pudiera la paz, retirándose en seguida á Tlaxcalla; "otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejábasemos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarían otras peores, y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo é había hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la sentirían en sus casas que no en el campo, y que luego apercibiésemos á los tlaxcaltecas que se hallasen en ello." (2) Este acuerdo prevaleció con gusto del general, quien determinó "prevenir ántes de ser prevenido," es decir, tomar la ofensiva ántes de ser combatidos. En consecuencia se mandó decir á los seis mil tlaxcalteca del campo, que luego que oyesen un escopetazo cargasen sobre la ciudad y á fin de ser reconocidos durante la pelea se pusiesen torzales de esparto ceñidos á la cabeza. Aquella noche transcurrió para los blancos en la mayor ansiedad, los hombres con sus armas, caballos y artillería á punto, guardando el alojamiento con la mayor vigilancia: ninguno se movió en Cholollan.

(1) Bernal Díaz, loco cit.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXIII.

Al sonreir el alba del día que á nuestra cuenta fué martes diez y ocho de Octubre, D. Hernando estaba á caballo rodeado de los soldados de su guardia; los castellanos y aliados en sus puestos. Llegaron los chololteca en gran multitud, é inmediatamente fueron introducidos en el patio del alojamiento; mas eran tantos, que á pesar de haber quedado apiñados dentro, muchos quedaron fuera. El patio cercado de tapias tenía tres puertas cada una al occidente, mediodía y norte. (1) Los hombres podían dificultosamente moverse en aquel espacio; las puertas fueron ocupadas por soldados. Cortés al ver el apresuramiento con que los chololteca venían, exclamó: "Que voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará nuestro Señor." (2)

Aparentando estar listo para emprender la marcha, hizo llamar á los señores principales con pretexto de despedirse de ellos; no acudieron los cabezas, sino vinieron hasta treinta capitanes, á los cuales metió en un patio pequeño y les dijo: "Dicho os he la verdad en todo lo que con vosotros he hablado, y mandado he á todos los cristianos de mi compañía que no os hagan mal, ni se os ha hecho con la mala intención que teníades me dijistes que los de Tlaxcala no entrasen en vuestra tierra; y magüer no me habeis dado de comer, como fuera razon, no he consentido que se os tome una gallina, y héos avisado que no me mintais; y en pago de estas buenas obras teneis concertado de matarme y á mis compañeros, y habeis traído gentes para que peleen conmigo, desde que esté en el mal camino por do me pensais llevar; é por esta maldad que teníades concertada, morireis todos, é en señal de que sois traidores destruiré vuestra cibdad, sin que mas quede memoria della: é no hay para que negarme esto, pues lo sé como os lo digo." Ellos se maravillaron, é se miraban unos á otros, é habie guardas porque no pudiesen huir, é tambien habie guarda en la otra gente que estaba fuera en los patios grandes de los ídolos para nos llevar las cargas. El marqués les dijo á estos señores: "Yo quiero que vosotros me digais la verdad puesto que yo la sé, para que estos mensajeros y todos los demas la oigan de vuestra boca y no digan que os lo levanté." é apartados cinco ó seis dellos, cada uno á su parte, confesaron cada uno por sí, sin tor-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XI.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXIII.

mento alguno, que así era verdad como el marqués se lo había dicho; é viendo que conformaban unos con otros, los mandó volver á juntar, é todo lo confesaron así, é decían unos á otros: "Este es como nuestros dioses que todo lo saben; no hay para que negárselo." El marqués hizo llamar allí los mensajeros de Mutezuma, é les dijo: "Estos me quieren matar, y dicen que Mutezuma era en ello, y yo no lo creo porque lo tengo por amigo, y sé que es gran señor, y que los señores no mienten; y creo que estos me querían hacer este daño á traicion, é como bellacos y gente sin señor que son, é por eso morirán, é vosotros no hayais miedo, que demas de ser mensajeros soislo de ese señor á quien tengo por amigo, é tengo creído que es muy bueno, é no bastará cosa que en contrario se me diga." (1) Atados los capitanes y sueltos los embajadores fueron metidos en unos aposentos con guardas: los dos sacerdotes denunciantes quedaron en libertad.

Tomadas estas disposiciones, fué disparado el fatal arcabuzazo. Al escuchar la señal, castellanos y cempoalteca arremetieron espada en mano contra los guerreros ó tamene del patio, en balde quisieron los infelices resistir, pues sorprendidos y agrupados, apenas pudieron valerse, intentaron trepar por las paredes, mas eran muy altas y sólo les servía para hacerse blanco de los arcos y de las ballestas, quisieron huir por las puertas y ahí los esperaban las picas y las espadas de los guardias: todos fueron pasados á cuchillo, quedando los patios cubiertos de cadáveres, encharcados en sangre y muchas entrañas desparramadas. Aunque sorprendidos y casi desarmados, acudieron al socorro los guerreros de la ciudad; pero aunque se adelantaron con denuedo, estrechados en las calles, fueron barridos por la artillería y los arcabuces. Escuchóse entónces á retaguardia el grito de guerra de los tlaxcalteca; la caballería, seguida de los peones, cargó réciamente cual sabía, desbaratando y mermando las filas contrarias; caidos la flor de los guerreros, privados de la dirección de sus jefes prisioneros, los esfuerzos tumultuosos de los chololteca fueron sin fruto, comenzaron á ciar, se subdividieron por las encruceijadas, y por fin, rotos y cubiertos de la sangre y del polvo de la pelea, fueron lanzados fuera de la ciudad. "Y dímosles tal mano,

(1) Relac. de Andrés Tapia, pág. 575.

"dice tranquilamente Cortés, que en dos horas murieron más de tres mil hombres." (1)

Algunas partidas de guerreros se hicieron fuertes en algunos edificios y teocalli. Combatidos sin descanso, pegando fuego en todo lo que prendía la llama; de los defensores, quien no caía al golpe de las armas, perecía abrasado por la lumbre. A la hora del conflicto, acudieron presurosos los sacerdotes á romper el revestimiento de la pirámide, pero en lugar de los torrentes que debieran brotar, no salió una sola gota de agua. Tarde conocieron no debieron fiar en la mentirosa promesa del fementido Quetzalcoatl; preciso era acudir á las manos y menear con brío las armas. Papas y nobles se encastillaron en el templo de la pirámide, aquel era el relicario de los dioses, la joya reverenciada de los creyentes de Anáhuac; los dioses, si quiera por su honra, debieran hacer allí algun milagro. Atacados por blanco y tlaxcalteca, ofreciéronles la vida si se daban; uno sólo aceptó y fué bien recibido, los demas se negaron con desprecio y se defendieron bravamente. Ballesteros y arcabuceros tiraban á los hombres subidos en los árboles del atrio; pusieron fuego á las capillas del teocalli, y guerreros y papas que no prefirieron morir quemados, se precipitaron cabeza abajo desde la plataforma por no aceptar la compasion de sus enemigos. "Y era de notar, cómo los sacerdotes se quejaban de sus dioses; lamentando lo mal que los defendían; y uno en particular, en lo más alto del templo, decía: *"Tlaxcalla, Tlaxcalla, ahora vengas tu corazon, y Motecuhzoma otro dia vengará el suyo."* (2)

Los combates cesaron con el dia, renovándose el siguiente, en los cuales tomó parte un refuerzo de veinte mil guerreros llegados de Tlaxcalla, al mando de Xicotencatl el mozo. (3) Vencidos los indios, quemados muchos edificios, castellanos y tlaxcalteca se entregaron al saqueo, pudiendo entenderse en el reparto con el mayor acuerdo; los primeros tomaron el oro, joyas y plumas preciosas; se apoderaron los segundos de mantas, bastimentos, sal de la cual habían mucho menester, con más cuantioso número de cautivos. El despojo alcanzado debió ser muy considerable, pues existían ahí

(1) Cartas de Relac. pág. 66.

(2) Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.—Muñoz Camargo. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXXIII—Relac. de Andrés de Tapia, pág. 576.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.

muy ricos mercaderes y la ciudad era poderosa: la puebla un tiempo santa y pacífica, quedó casi destruida y yerma, así á causa de la matanza, como por haber huido los moradores á guarecerse en los montes y pueblos de la comarca.

Continuaba el estrago cuando se presentaron á pedir misericordia algunos nobles y sacerdotes, asegurando no haber ellos tomado parte en la rebelion, y diciendo: que pues los culpados habían llevado el merecido castigo, cesaran ya aquellos desmanes. Cortés aparentó grande enojo, hizo venir á los embajadores mexicana detenidos hasta entónces como presos, y en su presencia respondió á los suplicantes, que la ciudad merecía ser asolada por rebelde, mas por respeto á Motecuhzoma cuyos vasallos son, la perdona, que de ahí en adelante sean buenos, pues si lo pasado se repite morirán por ello. Diéronse en consecuencia órdenes para volver al alojamiento á castellanos y cempoalteca; los tlaxcalteca fueron mandados al campo, y si bien se les mandó dejar libres á los cautivos, sólo dejaron unos pocos. El refuerzo se retiró á Tlaxcalla harto de botín y de venganza, celebrando allá su victoria con extremados regocijos de bailes y cantos, sin faltar el sacrificio á los dioses, de los prisioneros chololteca. De los jefes chololteca, algunos fueron muertos en la prision; de los sobrevivientes, Don Hernando soltó á dos, despues de reprenderlos agriamente, con encargo de ir á traer la gente huida: hicieronlo cual lo ofrecieron. "En obra de quince ó veinte dias que allí estuve, quedó la ciudad y tierra, tan pacífica y tan poblada, que parecía que nadie faltaba de ella, y sus mercados y tratos por la ciudad, como ántes los solían tener. (1)

No es fácil determinar el número de los chololteca matados, si bien debe admitirse uno considerable. (2) La razon para aquella

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 67.—Bernal Díaz, cap. LXXXIII.—Relac. de Andrés de Tapia, pág. 576.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. IV.—Gomara, Crón. cap. LX.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XL.—Diego Muñoz Camargo, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84, MS.—Sahagun, lib. XII, cap. XI.—Códice Ramírez, MS.—Informacion recibida en México y Puebla, el año de 1565, á solicitud del gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcalla. México, 1875. Preguntas quinta, sexta y sétima, y págs. 58-81-114-152-159.

(2) Conforme al testimonio de Cortés, en las primeras dos horas murieron más de tres mil.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84, avalúa la pérdida total en 5,000.—Gomara, Crón. cap. LX y Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II, la elevan á seis mil.—

matanza fué la rebelion de la ciudad. Los escritores españoles y de origen tlaxcales, están conformes en la existencia de la rebelion, determinada por concierto entre los embajadores de Motecuhzoma y los señores de Cholollan. Los religiosos franciscanos, recién llegados á la tierra, hicieron una pesquisa en la ciudad entre los ancianos y sacerdotes, quedando plenamente confirmada la verdad del hecho. (1) Ocorre observar, que la revuelta no se hizo patente por ninguna demostracion hostil. Los síntomas de insurreccion señaladas por los tlaxcalteca, eran precauciones naturales en una ciudad que iba á ser invadida, no por los blancos, sino por sus mortales enemigos los indios. La conducta anterior y posterior de Motecuhzoma no autoriza á creerle autor del pensamiento; procedía de una manera torpe, poco leal; mas nunca se aventuró á entrar en combate con los teules, consistiendo todos sus amaños en tenerles lejos de la capital. El ejército méxica, auxiliar del complot, no llegó á parecer mucho ni poco.

Por otra parte, se nos presentan las enconadas rivalidades entre méxica, chololteca y tlaxcalteca; éstos últimos se habían resistido á la ida de los blancos á Cholollan, acusando á los de la ciudad de pérfidos y traidores; en sus intereses estaba aparecieran así, ya para demostrar la verdad de sus palabras y lo acendrado de su cariño á los teules, ya para obtener buena venganza y el provecho cuantioso del saqueo. La manera eficaz para lograr el intento, fueron los cempoalteca, enemigos irreconciliables de los méxica, y principalmente la intérprete Doña Marina. Esta faraute nos parece estar ganada á las intereses tlaxcalteca. Muy sospechoso creemos que principales, nobles, capitanes, papas y mujeres, confiesen de plano la conspiracion á las primeras preguntas: semejante proceder es inadmisibile, atendido el disimulo de los indios, su adhesion á los superiores, el desprecio con que recibían la muerte en cumplimiento del deber. Para nosotros parece indudable que los tlaxcalteca desfiguraron los hechos patentes á la vista, abultaron los síntomas, azuzaron á los castellanos; ayudó en ello Doña Marina, no sólo ha-

En el proceso de Cortés, tom. I, pág. 59, declarando el testigo de vista Bernaldino Vázquez de Tapia, dijo: "creo este testigo que entre muertos é catyvos, fueron más de veynete mil personas."

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXIII.

ciendo decir á los indios cuanto le placía, sino inventando la historia de la vieja que la quería dar á su hijo por esposa, historia encaminada tal vez á encender los celos de D. Hernando. En este supuesto, los castellanos aparecen simple instrumento de los tlaxcalteca; el hecho no era nuevo, pues los cempoalteca los habían utilizado en la misma forma en la guerra de Tzimpantzinco. Los blancos no fueron culpables al dar entero crédito á los dichos de la intérprete y de los aliados; estos dichos los convencieron de la realidad de la conspiracion; atentos los bárbaros derechos de la guerra, en defensa propia debieron reprimir la agresion: resultan criminales en la manera sobrada y cruel de imponer el castigo, y bajo este aspecto la justicia se pronuncia contra ellos inexorable y severa.

El de santa memoria, Fr. Bartolomé de las Casas, refiriéndose á este acontecimiento, escribe: "Acordaron los españoles de hazer allí una matanza ó castigo, (como ellos dizen), para poner, y sembrar su temor, é braveza en todos los rincones de aquellas tierras. Porque siempre fué esta su determinacion en todas las tierras que los españoles han entrado (conviene á saber) hazer una cruel, é señalada matanza, porque tiemblen dellos aquellas ovejas mansas." (1) Agrega, que de los señores, ciento fueron quemados, y que mientras ardía el templo mayor, cantaba el capitan esta estrofa de un antiguo romance:

Mira Nero de Tarpeya

A Roma como se ardía:

Gritos dan niños, y viejos

Y él de nada se dolía.

El heroico y filantrópico defensor de los indios puede tener razon en la primera de sus observaciones, pero en lo demas, hay conocida exageracion, dimanada sin duda de los informes recibidos, pues en esto no fué testigo presencial. De todas maneras, Cortés se mostró duro en demasía; los soldados y los aliados despiadados y rapaces. Sea cual fuere la version admitida, la matanza de Cholollan fué más inhumanidad que valentía. (2)

(1) Brevisima relacion de la destruccion de las Indias, fol. 17, vta.

(2) Usamos con frecuencia de la autoridad del interrogatorio de 1534, por parecernos un documento tan curioso como auténtico. Contiene una sinópsis bien completa de la conquista y de otros hechos posteriores, firmada por D. Hernando Cortés.

La noticia del estrago, se difundió por toda la tierra, causando grande terror: Motecuhzoma se puso á temblar, no sabiendo de miedo lo que debería hacerse. (1) "Y digamos como esta cosa ó castigo de Cholula fué sabido en todas las provincias de la Nueva-España. Y si de ántes teníamos fama de esforzados, y habían sabido de las guerras de Potonchan y Tabasco y Cingapacinga y lo de Tlaxcalla, y nos llamaban teules, que es nombre como sus dioses ó cosas malas, desde allí adelante nos tenían por adivinos, y decían que no se nos podía encubrir cosa ninguna mala que con-

dactado á su vista y cubierto con su firma, debe contener la verdad, si bien puesta á tal luz que pueda servirle de defensa: verdad es que alguna ocasion se contradice con lo que en sus Cartas de relacion escribió, mas pasados quince años de los sucesos, el trascurso del tiempo debe haber traído mayor franqueza en el relato.

La matanza de Cholollan llamó la atención desde los primeros tiempos. En la Residencia encontramos:—"Otro sí: se le faze cargo al susodicho Don Hernando Cortés, que al tiempo quel dicho D. Hernando Cortés vino sobre la cibdad de Chilula, (Chilula, Cholollan), de guerra, los indios della le salieron de paz, é le dieron de comer, é todo lo necesario para él é para su xente; é al tiempo que se quiso partir de la dicha cibdad, mandó á los dichos señores de la dicha cibdad, que le truxesen indios para llevar su fardaxe é de los españoles, que se querian ir á otras partes; los quales le truxeron quatro mil indios, poco más ó ménos, é así traydos los mandó meter en un patio; é así metidos, sin haber cabsa alguna, mandó á los españoles que matasen los dichos indios que así había traydo; los quales los mataron á todos." (Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 26).

A lo cual respondió D. Hernando.—"209 Item: si saben questando el dicho D. Hernando Cortés en la provincia de Tlaxcalla, antes que obiese entrado en esta cibdad, los indios é prencipales de la provincia de Chilula, le imbiaron á rogar que se fuese á la cibdad de Chilula, porquellos querian dar la obediencia al rey, é ser sus vasallos, como lo abian fecho los de Tlaxcalla; é si saben que á esta cabsa, el dicho D. Hernando Cortés fue á la cibdad de Chilula, y estando en ella, de aqui á dos ó tres dias, fue avisado por los dichos yndios de la dicha cibdad de Chilula, se abian concertado con los de Cuba (sic: debe decir Culua), de matar todos los cristianos dentro de la dicha cibdad, é para ello habían llamado mucha de la dicha xente de Cuba (Culua), é la tenían á trecho y en celada para dar sobrella, é tenían todas las casas de azotea llenas de piedras; é si saben que á esta cabsa se fizo el castigo en ellos, é mataron algunos."

"210 Item: si saben que convino facerse el dicho castigo, para poner miedo en la tierra por ser el prencipio de la entrada della, y en lo mas grueso é recio de la tierra." (Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 386-87).

Ya había contestado poco más ó ménos lo mismo desde 1529, el apoderado de D. Hernando para el caso, García de Llererca. (Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 244-45). En idéntica manera se explica el testigo Martín Vázquez. (Doc. inéd. tom. XXVIII, pág. 184-85).

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XI.

"tra nosotros tratasen, que no lo supiésemos, y á esta causa nos mostraban buena voluntad." (1)

Pacificada la ciudad de aquella extraña manera, Cortés procedió como en tierra conquistada. Puso orden en tratos y mercados; nombró por jefe principal al hermano de quien lo era y había sido muerto en los patios; ajustó amistades entre los de Cholollan y Tlaxcalla, asegurándose así la firme cooperacion de ambos señorios. Congregados nobles y papas, fueron amonestados abandonar sus ídolos por inútiles y mentirosos, supuesto lo mal que hasta entónces los habían defendido; respondieron así lo harían, mas lo dilataron de continuo y no llegaron á verificarlo. Cortés hubiera acudido á la violencia si Fr. Bartolomé de Olmedo no le disuade, manifestándole sería mejor dejarlo hasta ver el resultado de la ida á México, pues bastaba por entónces con las amonestaciones hechas. Cuanto pudo lograrse en esta materia fué, colocar una cruz sobre un teocalli limpio y aderezado al objeto. (2) Este objeto venerado no era extraño al culto; sin embargo, los blancos habían salido vencedores de Quetzacoatl.

D. Hernando habló á los embajadores méxica que estaban en su compañía, diciéndoles con ásperas razones, que los chololteca le habían confesado estar Motecuhzoma de acuerdo en el concierto de la traicion, siendo muy extraño en tan gran persona como él, mandar embajadores ofreciéndole amistad y ocurrir al mismo tiempo á medios solapados para hacerle daño: por esta causa, si ántes pensaba entrar por su tierra de paz y en amistad, mudado ahora el intento iría como enemigo haciendo cuanto estrago pudiera, aunque esto le pesaba, pues más bien quería tenerle como amigo. Respondieron los embajadores no saber ellos nada de la rebelion hasta que presenciaron el castigo; tampoco creían se hubiese hecho por consejo ni por mandato de Motecuhzoma, y le pedían ántes de que tomara la última resolucio, diera á uno de ellos licencia para ir á hablar al emperador y pronto estaría de vuelta con la respuesta. Otorgado el pedido, el mensajero regresó á los seis dias en compañía de aquel principal que ántes era ido. Segun la costumbre admitida de no presentarse sin regalos, trajeron cierta cantidad en tejos de oro, mil quinientas piezas de manta de muy primas labores, con muchas

(1) Bernal Diaz, cap. LXXXIII.

(2) Bernal Díaz, loco cit.

provisiones de gallinas, pan y cacao: (1) dijeron de parte de su señor, le pesaba del atentado de Cholollan, el cual había sido sin su consentimiento; las tropas de la inmediata guarnición mexicana á que se aludía, aunque de su imperio, correspondía á Acatzingo é Itzacan, (2) los cuales tenían amistad con los chololteca; siempre sería su amigo y le guardaría amistad; pero que no pensase en ir á México por ser muy estéril, que eligiese un lugar en donde permanecer y allí le daría cuanto hubiese menester. Replicó resueltamente Cortés que para cumplir las órdenes de su monarca tenía de precisión que pasar á verle, y supuesto deber ser así sin excusa alguna, tuviese á bien permitirlo, en inteligencia de que si algun daño se siguiese por la resistencia él mucho lo sentiría. (3)

Vista aquella irrevocable determinación, los embajadores volvieron á consultar á su amo, regresando á pocos días seis principales, trayendo un presente de valor de dos mil pesos en oro, fuera de las mantas y joyas: hecha la reverencia acostumbrada, Motecuhzoma, dijeron, insistía aún en la falta de mantenimientos en México, pues aquella ciudad tenía que vivir con lo llevado de fuera, mas si esto no empezaba al general le convidaba á pasar á la capital, entendido en haberse comunicado las órdenes á las poblaciones del tránsito para aposentarle y regalarle cumplidamente. Tres de los mensajeros se quedaron para servir de guías, los otros tres partieron á dar la noticia de que los castellanos se disponían al viaje. Determinada ya la marcha insistieron los tlaxcaltecas en sus acostumbradas perffias, representando los peligros del viaje, la falsía de los mexicanos y lo poco que en sus palabras debía fiarse, con todo cuanto sabían decir de sus contrarios: como D. Hernando se mantuviera inflexible, se conformaron con ofrecerle víveres para el camino y diez mil guerreros para acompañarle; de éstos sólo aceptó el general un millar para llevar los *tepuzques* y el fardaje, pensando atinadamente en no llevar gran cantidad de los enemigos jurados del imperio. De los jefes y guerreros cempoalteca los principales se excusaron de ir á

(1) En el texto de Cortés se lee "Panicap, que es cierto brevaje." La palabra nos parece debe ser leída pan y cacao; por haberse estropeado la copia. Del cacao se hacía cierta bebida.

(2) Acacingo é Izúcar, hoy pertenecientes al Estado de Puebla: son el Acacigo é Izucan de la relación de Cortés.

(3) Cartas del Reac. pág. 68-69.—Bernal Díaz, cap. LXXIV.

México temiendo ser muertos por Motecuhzoma; en balde les aseguró D. Hernando del ningún riesgo que corrían yendo bajo su protección; insistieron tenazmente, otorgándoseles al cabo la licencia de retirarse, dándoles presentes de mantas así para ellos como para el Señor de Cempoalla. Llevaron cartas á Juan de Escalante en la Veracruz, con noticias de los sucesos pasados y órdenes para la Villa. (1)

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXV.—Gomara, Crón. cap. LXIII.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. III.